

Diferentes planos de significación en el “Discurso de las armas y las letras” en el *Quijote*

● MARIPIA LAMBERTI

A la venerada memoria de Ludovik Osterc.

y así, eso que te parece bacía de barbero a mí yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa.

El problema del valor significativo del *Quijote*, obra enigmática si hubo otra en el mundo, ha interesado a los exégetas de todos los tiempos posteriores a su publicación —y de todos los países. La disputa entre los que niegan su significación trascendente y los que, al contrario, la buscan y la evidencian como el elemento príncipe de la inmortal novela, ha tomado aspectos de una verdadera *querelle*, en la cual no se ahorran ataques sañudos entre críticos, implicaciones ideológicas y políticas, “desdenes, burlas e invectivas”,¹ dando origen a uno de los más caudalosos ríos de tinta que se hayan vertido en la historia del pensamiento humano, río que está aún lejos de encontrar su desembocadura en el mar pacífico de una verdad incontrovertible.

En esta diatriba inacabada destacan unos elementos constantes: ningún exégeta puede expresar sus ideas sin cargarlas de pasión, y todos se sienten involucrados en ella con lo más vital de sí mismos; todos logran demostrar su tesis con elementos sacados del inagotable texto, construyendo análisis convincentes y congruentes; la contradicción

¹ Miguel de Unamuno, “Sobre la lectura e interpretación del *Quijote*”. en *Obras completas*. Madrid, Escelicer, 1966, p. 1231.

entre tales teorías, sin embargo, no resta coherencia al texto mismo, que se eleva sobre ellas impenetrable y socarrón, como la sonrisa póstuma de Cervantes.

Cervantes o Quijote, contrarreforma o humanismo erasmista, forma o contenido, conformismo católico o heterodoxia progresista, defensa o ataque a las instituciones, elegancia literaria o profundidad filosófica, obra de entretenimiento o tesis: éstas unas de las muchas dicotomías entre las cuales buscan su hilo de Ariadna los que se pierden voluntariamente en este fascinante laberinto.

No queremos por supuesto encontrar solución a estos dilemas, pero nos sentimos concordes con la audaz postura de Unamuno, cuando pregunta defendiendo el... libre examen del *Quijote*: “¿qué tiene que ver lo que Cervantes quisiera decir, si es que quiso decir algo, con lo que a los demás se nos ocurra ver en él?”² Asimismo, por la observación antes mencionada de las características que tiene la crítica cervantina (o quijotesca, para mantener la misma distinción de Unamuno), se nos hace pertinente la honesta observación que hace Marcel Bataillon precisamente en el momento en que niega una interpretación contenutística del *Quijote*: “Pero el sólo hecho que se preste a ello tan sin violencia daría mucho en qué pensar”.³

Nos atrevemos por lo tanto a buscar el sentido profundo, el pensamiento de Cervantes, en uno de los pasajes más claramente didascálicos de la Primera parte del *Quijote*: el “curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras” (I, 37 y 38).

Varios son los artificios con que Cervantes subraya la importancia de este discurso, mejor dicho, de esta peroración de don Quijote. Antes de todo, el discurso no sólo marca una pausa en la acción, sino que se da en un momento de calma, a la hora de la cena, en la venta donde el caballero se encuentra reunido con todos los personajes centrales de la Primera parte: Sancho por supuesto, el ventero, el cura, el barbero, y las tres parejas formadas por Luscinda y Cardenio, Dorotea y Fernando, el cautivo y Zoraida-María.

² *Ibid.*, p. 1230.

³ Marcel Bataillon, *Erasmus y España*. México, FCE, 1950, p. 784.

Es un discurso de sobremesa, situación que establece en la mente del lector un inmediato paralelo con el anterior discurso sobre la Edad de Oro, que tiene con el de las armas y letras un vínculo profundo, como lo confirma el narrador: “movido de otro semejante espíritu que el que le movió a hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros” (I, 37, p. 442).⁴

El inicio del discurso no cae de repente, sino que es precedido por los ceremoniosos detalles de la disposición de los comensales alrededor de la mesa: “a don Quijote, le dieron la cabecera y principal asiento” (*id.*), honor que su singular personalidad reclama a los ojos de los personajes de la novela, y que al mismo tiempo previene al lector sobre la importancia que don Quijote tendrá en esta cena. La colocación de los demás a los dos lados de la mesa rectangular (“porque no la había ni redonda ni cuadrada en la venta” [*id.*] nos subraya el narrador), crea en la imaginación del lector una perspectiva en “fuga”, al fondo de la cual campea la figura del enjuto caballero. Los oyentes están dispuestos en dos grupos de cinco, formando un “friso de cabezas” digno de la mejor tradición pictórica barroca.⁵ De un lado se colocan los cinco caballeros (Cardenio, Fernando, el cautivo y los dos acompañantes de Fernando), o sea, los que por sexo y condición social están destinados al uso de las armas; del otro, los cinco que tradicionalmente no están para valerse de ellas: las tres damas, el cura y el barbero.

Además de esta preparación inmediata a la importancia del discurso, tenemos otra de carácter menos evidente pero no menos explícita: don Quijote ha salido apenas de uno de sus ataques de locura (la batalla contra los cueros de vino), que ha causado desconcierto en todos. Esta locura pasada y reciente servirá de contraste para hacer resaltar más la cordura de sus razonamientos con un efecto de “claroscuro” digno de Caravaggio o Guido Reni.

El discurso en sí está anunciado en el título del capítulo XXXVIII, sin embargo, empieza en el capítulo XXXVII. Esta “caprichosidad” de los

⁴ Todas las citas del *Quijote* están tomadas de Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Francisco Rico. Barcelona, Instituto Cervantes/Crítica, 1998. (En adelante, se indicarán entre paréntesis la parte, el capítulo y las páginas.)

⁵ Cf. Helmut Hatzfeld, *Estudios sobre el barroco*. Madrid, Gredos, 1972, p. 422.

encabezados cervantinos ha sido analizada como un elemento más en la compleja estructura de la obra.⁶ Sin embargo, esta ruptura del discurso en dos capítulos, y el hecho de que se le anuncie en el segundo de los dos, me parece, responde a una intención particular: hacer de este discurso parte integrante de la novela (estructuralmente sirve además de puente entre la llegada del Cautivo y su historia, que, a su vez, es en cierta forma una demostración de las tesis expuestas en el discurso mismo); en una palabra, evitar que se pase por alto.

Todos estos detalles juntos nos señalan con suficiente evidencia que Cervantes nos ha querido, por boca de su héroe, comunicar algo muy importante, y que no ha dejado “en libertad al protagonista, para que exprese [...] las ideas extravagantes que la situación misma le aconseja”.⁷

Pero ¿qué quiso decirnos Cervantes?

La diatriba sobre el valor relativo de las armas o de las letras (entendiendo por ellas fundamentalmente la clerecía) databan ya desde el “otoño de la Edad Media” (pensemos en *La disputa del clérigo y del caballero*), época en que la estructura social tradicional, fundamentada en la preeminencia de una aristocracia hereditaria de origen guerrero, empezaba a quebrantarse por el rápido ascenso de una burguesía “hija de sus obras”. Los debates, que tenían como fin reafirmar la supremacía de la función primaria de la clase superior, prosiguen en el Renacimiento italiano con un enfoque distinto: lo que se trata de sostener ahora es la paridad entre las armas y las letras (entendidas como la formación cultural en sentido amplio) que tienen que equilibrarse en la ideal figura del *Cortegiano*. Las letras son en esta época en Italia el medio de ascenso social en una sociedad que no se fundamenta sobre castas cerradas, y por lo tanto permite el trueque de clases. Tal equilibrio puede a lo sumo romperse en favor de las letras, es decir, en favor de las actividades pacíficas, ya que las bélicas, en la sociedad italiana renacentista, están relegadas a una categoría de “profesionales” mercenarios.

⁶ Por ejemplo R. S. Willis, *The Phantom Chapters of the Quijote*, apud nota en *ibid.*, p. 448.

⁷ Mauro Olmeda, *El ingenio de Cervantes y la locura de don Quijote*. Madrid, Ayuso, 1973, p. 164.

Los dos aspectos existenciales de las armas y de las letras se encuentran en Cervantes, soldado y hombre de pluma. La evidente pervivencia en él de un espíritu humanista,⁸ y el deberle su fama y lo poco bueno que la vida le concedió a su actividad de escritor, nos llevan a esperar en él un juicio en favor de las letras, o por lo menos una posición equitativa, renacentista. La evidente supremacía otorgada por don Quijote a las armas choca con nuestra sensibilidad moderna, y de ahí que varios comentaristas hayan tratado de analizar esta página de Cervantes con la idea apriorística de que su pensamiento verdadero era otro o, por lo menos, menos claro de lo que las palabras a primera vista indican.⁹

Dos hechos de todos modos se nos presentan con evidencia: Cervantes, en el *Quijote*, no hace ya de las letras un ornamento de las armas, ni de las armas un complemento de las letras, como en pleno Renacimiento, sino que distingue las dos actividades como antitéticas aunque igualmente honrosas y provechosas (“Dos caminos hay [...] por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras, el otro, el de las armas”, dirá en II, 6, p. 676); en su discurso, don Quijote asigna la palma a las armas, primero con una tajante invectiva (“Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas, que les diré, sean quien se fueren, que no saben lo que dicen”. [I, 37, p. 442]), y luego con un bien arquitectado discurso, lleno de escolásticos distingos y lógicas argumentaciones.

Examinemos su estructura:

⁸ Nos referimos principalmente a sus frecuentes afirmaciones de que “cada uno es hijo de sus obras”, y que el vulgo no es la clase baja, sino que “todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en el número de vulgo” (II, 16, p. 757).

⁹ Nos referimos aquí sobre todo a Américo Castro, que en *El pensamiento de Cervantes* ([Barcelona, Noguer, 1972], p. 219) afirma que “sería también para nosotros laberinto dificultoso tratar de razonar la preferencia por una u otra actividad humana”; y a M. Olmeda, que dice (*op. cit.*, p. 165): “tanto en el discurso [...] como en otros lugares de la obra, encontramos la expresión de conceptos que acaso representan la verdadera pauta de las ideas del autor” (el subrayado es mío, como todos los que se encuentran en este trabajo en las citas del *Quijote*).

- 1) Exposición de la tesis contraria a lo que se quiere demostrar: las letras *aventajan a las armas* como el espíritu al cuerpo.
- 2) Refutación: los trabajos de las armas requieren tanto el espíritu (“fortaleza” o sea virtud; “entendimiento” o sea intelecto) como el cuerpo; es la primera ventaja de las armas sobre las letras, que no requieren del esfuerzo corporal.
- 3) Planteamiento de los nuevos términos de la cuestión: “cuál de los dos *espíritus*, el del letrado o el del guerrero trabaja más”. Es decir, planteamiento a nivel humano y no abstracto (“letrado” y “guerrero” en lugar de “letras” y “armas”) y sobre una base pragmática (“trabaja”).
- 4) Definición de las causas ideales de la superioridad del uno o del otro: la supremacía de uno sobre otro estriba en la supremacía de su “fin y paradero”.
- 5) Examen de los “fines”:
 - a) Letras. Se distinguen en 1) letras divinas, que no se toman en cuenta; 2) letras humanas: su fin es “poner en su punto la justicia distributiva” [aquí se precisa el sentido de “letras”: son los estudios jurídicos, principalmente, por lo que a los hombres de leyes se les llamaba “letrados”].
 - b) Armas: su fin es la paz, “el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida” [con la superioridad, reafirmada en el plan humano y religioso, de la paz sobre la justicia, queda asentada la primera superioridad —la ideal— de las armas sobre las letras].
- 6) Examen de los “trabajos a los que se someten los hombres de letras y los de armas [quédase aquí implícito el que a mayor trabajo corresponde mayor virtud, principio que se desprende del espíritu del cristianismo evangélico propio de Cervantes,¹⁰ y del humanismo renacentista tan bien condensado por Cervantes en la expresión “cada quien es hijo de sus obras”, variante moral del *unusquisque faber fortunae suae*]. El examen se articula en la forma siguiente:

¹⁰ Nos referimos aquí a los ensayos sobre la religiosidad de Cervantes, de Marcel Bataillon (*op. cit.*) y Américo Castro (*op. cit.*), con los cuales coincide nuestra opinión.

- a) El estudiante: pobreza. Grande es la pobreza del estudiante, pero puede llegar a trocarse en su opuesto (“los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla”) [aquí hábilmente se verifica la interrupción por el cambio de capítulo].
 - b) El soldado: pobreza. No hay pobreza más grande que la suya, y no tiene esperanza de cambio [Cervantes abandona amargamente el problema de la compensación económica del soldado como “laberinto de muy dificultosa salida”].
- 7) Vuelta al problema ideal de la superioridad de las letras o de las armas que “hasta ahora” [es decir, en las disputas anteriores a Cervantes, así como en la parte anterior de este mismo razonamiento, pero *no después de él*] está “por averiguar”.
- a) Exposición de la tesis contraria: las letras son superiores a las armas porque también en la guerra (o sea en las armas) hacen falta las leyes.
 - b) Refutación: las armas son superiores a las letras porque “las leyes no se podrían sustentar sin ellas” ni las repúblicas, reinos o ciudades, es decir, la sociedad humana misma. Además, aquí desliza Cervantes una inquietante paradoja: sin armas, las repúblicas serían constantemente “sujetas al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra” [mayores son entonces los méritos de las armas sobre los de las letras que viceversa].
- 8) Última prueba de la superioridad de las armas: aquello que más cuesta se estima y *debe* estimarse más: el mismo principio antes mencionado como implícito, que a mayor trabajo corresponde mayor virtud:
- a) Exposición de la tesis contraria a la que se quiere demostrar: alcanzar la *eminencia* en las letras cuesta mucho.
 - b) Refutación: al soldado su mero oficio, que no su hipotética e improbable “eminencia”, cuesta más, pues le cuesta el riesgo constante de la vida, y a veces la vida misma.

Queda así afirmada la supremacía moral y pragmática de las armas: lo que sigue en el discurso no es más que un remate de lo demostrado (exaltación de la virtud heroica del soldado que toma el lugar del compañero caído), o una reflexión fuera del verdadero tema (la “cobardía”

de las armas de fuego), o una reafirmación de la vocación caballeresca de don Quijote, irónicamente conducida sobre el filo de su “locuras”, pero cargada de significado, como se verá más adelante.

Esto es, sin lugar a tergiversaciones, lo que nos dice don Quijote; pero, ¿qué puede haber querido decirnos Cervantes más allá de la letra de tan formal discurso?

El fin de la literatura es, para Cervantes, como él mismo nos reitera en mil formas, “enseñar deleitando”. La enseñanza profunda ha de estar entonces encerrada en el “deleitoso” caparazón antes examinado: hay que buscarla en los pliegues del arte barroco del cual Cervantes fue indiscutible maestro.

Hace notar justamente Hatzfeld —al querer borrar la imagen negativa que muchos han relacionado, tras las huellas de prejuicios tardo-idealistas con la palabra *barroco*— que “en todas las artes, el periodo barroco, que se extiende aproximadamente de 1550 a 1680, es un intento de sustituir el hedonismo renacentista por unos valores más altos y espirituales”;¹¹ y, en cuanto al aspecto formal, insiste en el sentido de la medida, equilibrio y sencillez¹² que son la característica del “barroco clásico”,¹³ armonizador de la imitación naturalística y la estilización, así como del “barroco impresionista” de Cervantes.¹⁴ Esta seriedad de contenidos y esta sencillez de formas las encontramos en Cervantes, al cual vemos, con Hatzfeld, como el sumo exponente del barroco en la literatura española.¹⁵

Es el barroco arte de contrastes, de claroscuros, de efectos luminíscos, por los cuales cada elemento resalta en virtud de su contrario. En esta amalgama paradójica de lo racional con lo irracional, la locura de don Quijote resalta su cordura, es resaltada por ella y coincide con ella; las armas y las letras se oponen y se sostienen, se definen las unas

¹¹ H. Hatzfeld, *op. cit.*, p. 106.

¹² *Ibid.*, p. 57.

¹³ *Ibid.*, p. 56.

¹⁴ *Ibid.*, p. 61.

¹⁵ Ludovik Osterc no aceptaba la catalogación de Cervantes en el barroco. Sin menoscabo de sus inolvidables enseñanzas, considero que la visión de un Cervantes barroco, según las definiciones de Hatzfeld, es aceptable y esclarecedora.

por las otras. Esta *coincidentia oppositorum* que caracteriza todos los aspectos de la época barroca, desde los metafísicos hasta los sociales y artísticos, genera una tendencia a la fusión en vez de a los contornos fuertemente definidos; la fusión de todos los elementos en una unidad coherente e inextricable se convierte en suprema ley: “Diversi aspetti in un confusi e misti”, como dice Tasso¹⁶ (y no hay que olvidar que Hatzfeld lo considera, con igual audacia que a Cervantes, el máximo poeta barroco italiano).

Así se rompen en las artes figurativas los tradicionales límites entre pintura, escultura y arquitectura, y en literatura se disuelve la antítesis entre lo real y lo mítico, lo épico y lo cómico, la acción y el diálogo, la fantasía y la crítica, el personaje vivo y el libresco, en una síntesis superior, cuyo inalcanzable modelo fue el *Quijote*.

Es a causa de esta ley de suprema coherencia que las cosas no se describen: se sugieren, con una técnica de perspectivismo e impresionismo, con efectos de “eco”; y la multiplicación de planos sustituye la alineación horizontal.

A la profundidad moral, con sus tormentos, sus escrúpulos, su “inquisición inmanente”, como atinadamente la definió Batallon, más que a la necesidad de encubrir a los ojos de Argos de la Inquisición real todo pensamiento poco ortodoxo en materia de fe o política, se debe a nuestro parecer el recurrir a esta profundidad ilusionística, y complejidad estructural. De ahí la deliberada ambigüedad del arte barroco, y del *Quijote* en particular, de esta novela, de las novelas que nunca ofrecen definitiva conclusión en ninguna de sus tesis, explícitas o implícitas.¹⁷

La estructura barroca del *Quijote* ha sido analizada,¹⁸ así como lo barroco de su estilo.¹⁹ Nos proponemos ahora analizar la complejidad barroca de este fragmento, o sea los múltiples planos de significación que se intersectan, porque es en la fusión articulada de ellos que hay que bus-

¹⁶ *Gerusalemme liberata*, IV. 5.

¹⁷ Buena parte de los conceptos expresados se deben a Hatzfeld (*op. cit.*, *passim*).

¹⁸ Por ejemplo, en el estupendo análisis de Sergio Fernández, “El enemigo del descanso”, en *Figuras españolas del Renacimiento y del barroco*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1996.

¹⁹ Cf. H. Hatzfeld, “¿Por qué es barroco el estilo de Cervantes?”, en *op. cit.*

car la profunda enseñanza moral del autor; enseñanza intencional, como demuestra su cuidadosa introducción y su compleja estructura, y no nada “chocante” como una primera lectura puede hacernos percibir.

El primer plano, el inmediato, es el de la narración. Un caballero manchego, loco a causa de sus excesivas lecturas de los libros de caballerías, disputa en un momento de cordura sobre la supremacía de las armas sobre las letras frente a un auditorio ocasional, compuesto por cinco caballeros, que por supuesto concuerdan con sus afirmaciones, tres lindas damas y un barbero que no tienen por qué opinar sobre el asunto, y un cura, único representante de la clase “letrada”, que, por comedimiento o convicciones personales, asiente con él. La tesis del caballero y el énfasis inicial (“quítenmese de delante...”, I, 37, p. 442) concuerdan con el personaje y su anacrónica vocación de caballero andante. La conclusión del discurso confirma esta posición personalista (“Y así [...], en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante...”, etcétera, I, 38, p. 448).

Pero las palabras de don Quijote tienen una amplia proyección humana: se siente, en las descripciones de los trabajos de los estudiantes y de los soldados, una cálida compasión, una valoración simpatética de los sufrimientos físicos y morales de ambos. La narración se colorea y toma relieve con unos toques de luz, representados por máximas que bien pueden, aisladas, entrar en el bagaje de la sabiduría y experiencia común, de la “filosofía” de la vida diaria (“Esta pobreza [...] no es tanta, que no coma [...] aunque sea de las sobras de los ricos, *que es la mayor miseria del estudiante*” [I, 37, p. 444]; “no hay ninguno más pobre [que el soldado], [...] porque está atenido a la miseria de su paga [...] a lo que garbear con sus manos *con notable peligro de su vida y de su conciencia*” [I, 38, p. 445]; “¿Cuán menos son los que han sido premiados en batalla que los que han perecido en ella?” [p. 446]).

Especialmente vibrantes son las descripciones de las crueles incomodidades del soldado, expresadas a veces con imágenes de un amargo e irónico conceptismo (“la cama que les aguarda [...] jamás pecará de estrecha; que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere...” [p. 446]; “temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir a las nubes sin alas” [p. 447]; “viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno” [p. 448]).

Asimismo expresa su humana admiración por el valor anónimo y silencioso (“y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza...” [p. 447]; “con intrépido corazón llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería...” [p. 448]; “apenas uno ha caído [...] cuando otro ocupa su mismo lugar” [p. 448]).

Esta participación humana tan emotiva nos lleva a otro plan: el de la humanidad sufrida del mismo autor. Sabemos de su vida la participación heroica y nunca prácticamente reconocida en empresas bélicas en defensa de la cristiandad y de su patria; sabemos de su valiente resistencia en el cautiverio; sabemos de sus intentos frustrados de ganarse un puesto honroso en la estructura burocrática imperial con su excelencia en las letras, y reconocemos en la pasión con que describe las tribulaciones de ambas carreras su propia experiencia vital. Supo también Cervantes, como Dante,

sí come sa di sale
 lo pane altrui, e come è duro calle
 lo scendere e ’l salir per l’altrui scale (Par., XVII, 58-60).

pero no nos extraña que su sano pragmatismo realístico le haya hecho sentir como amargura mayor el desconocimiento de su servicio militar, pues a quien considera la vida y felicidad humana el bien supremo, le parecerá humanamente más importante una mano perdida que haber escrito el mismo *Quijote*.

Los problemas personales del autor, derivados de las injusticias y desequilibrios de la sociedad en que vivió, nos abren una perspectiva más profunda: la de la crítica a dichas instituciones. Para entenderla, tenemos que precisar qué valor tenían en la época de Cervantes los términos “letras” y “armas”, es decir, qué categorías sociales se encarnaban.

La interpretación de la palabra “letras” nos lleva a una doble posibilidad que se articula en dos planos diferentes. Uno es el del significado corriente de los términos “letras”, “letrado” y “estudiante”. Nos dice Antonio Domínguez Ortiz²⁰ que “sería erróneo dar a la expresión ‘letras’

²⁰ Antonio Domínguez Ortiz, *El antiguo régimen: los Reyes Católicos y los Austria*. Madrid, Alianza, 1973, p. 223.

el sentido que hoy tienen. Entonces significaban estudios jurídicos”. En efecto, vemos confirmado este aspecto²¹ por las palabras mismas de Cervantes, que indica como fin de las “letras humanas” el “poner en su punto la *justicia* distributiva [...] y entender y hacer que las buenas *leyes* se guarden”, y que nos recuerda que “la guerra también tiene sus *leyes*”, y es tarea de las letras el dárselas. La polémica estaría entonces dirigida contra la “creciente influencia de la burocracia, que acaparaba los fructuosos cargos”.²² Esto a su vez lo confirman las palabras, difícilmente referibles a un escritor o poeta, con las que Cervantes indica las ventajas que puede alcanzar el letrado, que, como “llevado en vuelo de la favorable fortuna”, puede llegar a “mandar y gobernar el mundo desde una silla” (I, 37, p. 445).

“Letrado” entonces no quiere decir “literato”. Pero el mismo don Quijote, antes de empezar su discurso, nos hace una llamada a una interpretación más allá de las apariencias, con una observación sobre la relatividad de los juicios, aparentemente desconectada del argumento que está a punto de tratar: “¿Cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora en la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, y juzgue y crea que nosotros somos quienes somos?” (I, 37, p. 442) ¿Cómo podremos por lo tanto considerar simplistamente “error” la interpretación de la mayoría de los críticos que ven en las “letras” de este discurso la actividad intelectual, y sobre todo el oficio de escritor?

Esta segunda interpretación se vislumbra en la primera. Las letras están definidas como “trabajos del espíritu”; su fin, nótese bien, como “poner en su punto” la justicia distributiva, y sobre todo *hacer que las buenas leyes se guarden*. La jurisprudencia puede hacer las buenas leyes; la actividad intelectual puede contribuir a que se guarden. Los dos conceptos se mezclan y las dos perspectivas se confunden.

¿Qué justificación tiene entonces, considerado el discurso desde este nuevo punto de vista, la supremacía de las armas sobre la actividad intelectual y específicamente sobre la literatura? Éste es el punto álgido de la cuestión.

²¹ Desarrollado también por Ludovik Osterc en *El pensamiento social y político del Quijote*. México, UNAM, 1988.

²² A. Domínguez Ortiz, *op. cit.*, p. 223.

Francisco Olmos García²³ hace un detallado estudio sobre el significado y la importancia que para Cervantes tenía la literatura en la sociedad. Nadie como Cervantes, nos demuestra, ha sentido tan hondamente la exigencia, común en la edad barroca, de la ejemplaridad de la literatura. Su adhesión a las que nos parecen las “supersticiones de la preceptiva de su tiempo”²⁴ no tiene otra explicación que este fin moralístico, pues “según Aristóteles [maestro sumo y guía moral de la literatura barroca] para que una obra pueda influir en el ánimo de los hombres, sea ejemplar, ha de enseñar deleitando, imitar la naturaleza, y presentar las cosas con verosimilitud”.²⁵ De este mismo concepto de una literatura comprometida deriva su condena de todas las obras de evasión, que carecen de sentido humano.

Cervantes ve en el libro un instrumento necesario y eficaz para la toma de conciencia [...] cree en la posibilidad de que el arte pueda contribuir a la reformación de la sociedad, porque para él, el mundo en que vivimos, en oposición con las ideas oficiales, no es inmutable, sino que en él las cosas están sujetas a continua mudanza.²⁶

Pero el mismo hombre que atribuye tal trascendente importancia a las letras, juzga que las armas les son superiores.

Después de haber examinado las diferentes perspectivas que toman las letras en su discurso y en su pensamiento, cabe preguntarse si también el concepto de “armas” se preste a esta multiplicidad de interpretaciones. En efecto, también aquí vemos abrirse dos visuales. Una es la que parte de la interpretación de las palabras “armas” y “soldado” en su acepción corriente, del hombre que sirve a su patria con el brazo y la vida, y que por la injusticia de la sociedad se ve pospuesto al burócrata cortesano. Pero esta interpretación, obvia en todo el discurso, no se puede aplicar en dos puntos de trascendente importancia: no se ve cómo el simple soldado, o la guerra así como era en los tiempos de

²³ Cf. Francisco Olmos García, *Cervantes en su época*. Madrid, Aguilera, 1970.

²⁴ Alfonso Reyes, “De un autor censurado en el *Quijote* (Antonio de Torquemada)”, [en *Obras completas*. México, FCE, 1957.] p. 345.

²⁵ F. Olmos García, *op. cit.*, p. 190.

²⁶ *Ibid.*, pp. 187-189.

Cervantes —y es en los nuestros— tenga como fin la paz; y sobre todo no se comprende cómo pueden las armas (si las consideramos en un sentido banal) defender las repúblicas de los horrores de la guerra, pues con ella vendrían a coincidir.

Tenemos entonces que buscar una perspectiva diferente y dar un segundo sentido a las “armas”. Y este segundo sentido lo encontramos en quien hace el discurso, sentado a la cabecera de la mesa en medio de la atención silenciosa de los oyentes que representan a toda la sociedad: don Quijote mismo. Él es caballero por su voluntad (no como el soldado que sirve a intereses e ideales impuestos), y nos recuerda su posición al principio y al final del discurso, cerrándolo como entre el paréntesis de su ideal caballería andantesca.

¿Quién es don Quijote?, ¿cuál es su misión en el mundo? Sus armas están al servicio de la justicia, de una justicia, precisamente, distributiva, que es “dar a cada uno lo que es suyo”; su intención es “desfacer” los agravios y entuertos de que está repleta la sociedad, socorrer a los menesterosos, a todos los que se encuentren en una situación de opresión. Su ideal, la Edad de Oro que ha exaltado en un discurso anterior, en situaciones señaladamente paralelas a ésta; su misión, restablecerla en la Tierra.

Aquí se cierra el *tutto tondo* barroco; aquí se aclara el pensamiento último de Cervantes: los ideales de don Quijote son suyos: ¿cuál la vía mejor para realizarlos? Cervantes lo intenta con las letras; don Quijote, creatura literaria, con las armas. Ambos fracasan: Cervantes, en su vida, breve como la de todos, no logra, por supuesto, ni lo cree posible, cambiar la sociedad. Don Quijote, en su vida literaria, obtiene sólo ingratitud, burlas y una mortal “cordura” final. Pero don Quijote es creatura inmortal: a él entrega Cervantes su mensaje para la humanidad venidera, quijotesca o no: los grandes ideales no se conquistan con el puro trabajo intelectual, las repúblicas no se mantienen en paz ni se encaminan hacia la justicia con la teoría, sino con la acción, con la praxis, sin miedo a tomar, si es necesario, armas menos incruentas que las del inmortal caballero de la Mancha.